

Berlín, 1961

(Walli, nieto de Maud, pasea por Berlín poco antes de la construcción del muro)

La calle por la que caminaba pasaba a pertenecer al Berlín occidental a partir del siguiente cruce. En una de sus esquinas holgazaneaban tres *vopos*, tres policías de la Alemania Oriental, fumando un cigarrillo.

Tenían derecho a dar el alto a cualquiera que cruzara la frontera invisible, aunque resultaba imposible parar a todo el mundo ya que eran decenas de miles de personas las que atravesaban a diario, entre ellas muchos *Grenzgänger*, berlineses orientales que trabajaban en el lado occidental a cambio de sueldos mayores, que recibían en valiosos marcos alemanes. El padre de Walli era un *Grenzgänger*, aunque él trabajaba para obtener beneficios, no a cambio de un sueldo. El propio Walli cruzaba al menos una vez a la semana, por lo general para ir con sus amigos a los cines del Berlín occidental, donde proyectaban películas estadounidenses con escenas eróticas y violentas, más emocionantes que las fábulas moralizadoras de las salas comunistas.

En la práctica, los *vopos* paraban a quienes les llamaban la atención. Las familias que pretendían pasar al completo, padres e hijos juntos, tenían muchas probabilidades de que les dieran el alto, ya que levantaban la sospecha de querer abandonar la zona oriental de manera definitiva, sobre todo si llevaban equipaje. Otro grupo de personas a quienes los *vopos* disfrutaban acosando eran los adolescentes, en especial si vestían a la moda occidental. Muchos chicos del Berlín oriental pertenecían a pandillas que desafiaban el orden establecido, como los Texas Gang, los Jeans Gang o la Asociación de Admiradores de Elvis Presley. Odiaban a la policía y la policía los odiaba a ellos.

Walli llevaba unos pantalones negros normales y corrientes, una camiseta blanca y un chubasquero marrón claro. Consideraba que tenía un aspecto moderno, un poco a lo James Dean, pero no tanto como para que lo tomaran por miembro de una pandilla. Sin embargo, la guitarra podía hacer que se fijaran en él. Era el símbolo por antonomasia de lo que llamaban la «incultura americana», era incluso peor que un cómic de Superman.

Cruzó la calle procurando no mirar a los *vopos*. Con el rabillo del ojo creyó ver que uno de ellos se había fijado en él, pero no le dijeron nada y cruzó al mundo libre sin que le dieran el alto.

(...)

(Rebeca decide marcharse a Alemania occidental)

Decidió que se marcharía al cabo de dos días, la madrugada del domingo. Todos se levantaron para despedirse de ella. No tenía estómago para desayunar nada, se sentía demasiado triste.

—Seguramente me iré a Hamburgo —dijo, fingiendo estar de buen humor—. Anselm Weber es el director de una escuela allí y estoy segura de que me contratará.

—Podrías conseguir trabajo en cualquier parte de la Alemania Occidental —dijo su abuela Maud, enfundada en una bata de seda de color púrpura.

—Pero estaría bien conocer por lo menos a alguien en la ciudad —dijo Rebecca con tristeza.

—Tengo entendido que el panorama musical en Hamburgo está muy animado —intervino Walli—. Me reuniré contigo allí en cuanto pueda dejar los estudios.

—Si dejas los estudios, tendrás que trabajar —le dijo su padre a Walli con un tono sarcástico—. Esa sí sería una experiencia nueva para ti...

—No os peleéis esta mañana —pidió Rebecca.

Su padre le dio un sobre con dinero.

—En cuanto llegues al otro lado, busca un taxi —le indicó—. Vete directamente a Marienfelde. —Había un centro de refugiados en Marienfelde, en el sur de la ciudad, cerca del aeropuerto de Tempelhof—. Pon en marcha el proceso de emigración. Estoy seguro de que tendrás que hacer cola y esperar durante horas, tal vez días. En cuanto tengas todos los papeles en orden, dirígete a la fábrica. Me encargaré de abrirte una cuenta bancaria en la Alemania Occidental y de todos los trámites.

Su madre estaba llorando.

—Volveremos a verte —dijo—. Puedes volar a Berlín Oeste cuando quieras y nosotros cruzaremos la frontera para encontrarnos contigo. Haremos picnics en la playa de Wannsee...

Rebecca estaba haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas.

Metió el dinero en una pequeña bandolera, que era lo único que iba a llevar. Si cargaba con algo más, cualquier cosa que pudiese parecer un equipaje, los vopos podían detenerla en la frontera. Quería quedarse allí unos minutos más, pero si lo hacía, temía arrepentirse y dar marcha atrás en su decisión. Besó y abrazó a cada uno de ellos: a la abuela Maud, a su padre adoptivo, Werner, a sus hermanos adoptivos, Lili y Walli, y por último a Carla, la mujer que le había salvado la vida, la madre que no era su verdadera madre y que por esa misma razón era incluso más preciosa para ella.

Luego, con los ojos anegados en lágrimas, salió de la casa. Era una mañana radiante de verano, con un cielo azul y despejado. Trató de ver las cosas con optimismo: estaba empezando una nueva vida, lejos de la represión sombría de un régimen comunista, y volvería a ver a su familia de nuevo, de una forma u otra.

Caminó a paso rápido, recorriendo las calles del casco antiguo de la ciudad. Pasó por el extenso campus del hospital universitario de la Charité y torció para enfilar hacia Invalidenstrasse. A su izquierda quedaba el puente de Sandkrug, que soportaba el tráfico que cruzaba el canal de navegación de Berlín-Spandau hasta el Berlín occidental.

Solo que ese día no era así.

Al principio, Rebecca no estaba segura de lo que veían sus ojos: había una fila de vehículos completamente parados a escasos metros del puente. Más allá de los coches, una aglomeración de gente parecía estar mirando algo con mucha atención. Tal vez se había producido un accidente en el puente. Sin embargo, a su derecha, en Platz vor dem Neuen Tor, veinte o treinta soldados de la Alemania Oriental permanecían de brazos cruzados sin hacer nada. Detrás de ellos había dos tanques soviéticos.

La escena era desconcertante y aterradora.

Se abrió paso entre la multitud y vio cuál era el problema: habían levantado una alambrada que bloqueaba el acceso al extremo más próximo del puente. En la alambrada habían abierto un pequeño espacio en el que unos agentes de policía parecían estar negándose a dejar pasar a nadie.

Rebecca sintió la tentación de preguntar qué estaba ocurriendo, pero no quería atraer la atención. No se encontraba muy lejos de la estación de Friedrichstrasse, y desde allí podría ir en metro directamente a Marienfelde.

Dobló una esquina hacia el sur, caminando más rápido, y avanzó en zigzag para sortear una hilera de edificios de la universidad en dirección a la estación.

Allí también pasaba algo raro.

Varias decenas de personas se habían apiñado alrededor de la entrada. Rebecca se abrió paso a codazos hasta llegar al frente y leyó un cartel pegado a la pared que informaba de algo que ya era obvio: la estación estaba cerrada. En lo alto de la escalera, una fila de policías armados formaba una barrera. Estaban impidiendo el acceso a los andenes.

Rebecca empezó a alarmarse. Tal vez solo fuese una coincidencia que los dos primeros puntos que había escogido para cruzar al otro lado estuviesen bloqueados. O tal vez no.

Había ochenta y un sitios por donde la gente podía cruzar del este al oeste de Berlín. El siguiente paso más cercano era la Puerta de Brandemburgo, donde la

amplia avenida de Unter den Linden atravesaba el arco monumental hacia el Tiergarten. Rebecca echó a andar en dirección sur por Friedrichstrasse.

En cuanto dobló al oeste por la avenida de Unter den Linden supo que se había metido en un lío; una vez más, había tanques y soldados por todas partes. Cientos de personas se habían congregado frente a la famosa puerta. Cuando llegó a la cabecera de la multitud, Rebecca vio otra valla de alambre. Estaba instalada sobre unos soportes de caballetes de madera y custodiada por la policía de la Alemania Oriental.

Unos jóvenes de aspecto muy similar al de Walli, vestidos con chaquetas de cuero, pantalones estrechos y peinados al estilo de Elvis Presley, gritaban insultos e improperios desde una distancia segura. En el lado oeste de Berlín, otros jóvenes muy parecidos gritaban también, enfurecidos, e iban lanzando piedras de vez en cuando a la policía.

Al observarlos más atentamente, Rebecca vio que los distintos policías — *vopos*, la policía de fronteras y la milicia civil— estaban haciendo socavones en la carretera, plantando pilares de hormigón de gran altura y tensando la alambrada de un pilar al otro para instalarla con un carácter más permanente.

«Permanente», pensó, y se le cayó el alma a los pies.

Habló con un hombre que tenía a su lado.

—¿Está en todas partes? —preguntó—. La valla, me refiero.

—En todas partes —contestó el—. Los muy hijos de puta...

El régimen de la Alemania Oriental había hecho lo que todo el mundo decía que no se podía hacer: había construido un muro que atravesaba el centro de Berlín.

Y Rebecca estaba en el lado equivocado.

(...)

(Poco después, Rebeca y su novio intentarán huir)

Una de las tristes ironías del Muro era que los edificios de algunas calles se encontraban en el Berlín oriental, pero la acera pertenecía a la parte occidental. Los habitantes del lado oriental de Bernauer Strasse habían abierto la puerta de sus casas el domingo 13 de agosto de 1961 y habían descubierto que una valla de alambre de espino les impedía pisar la calle. Al principio, muchos habían saltado hacia la libertad desde las ventanas de las plantas superiores; algunos a costa de su integridad física, otros intentando caer en las sábanas que sujetaban los bomberos del otro Berlín. Todos aquellos edificios ya habían sido evacuados y sus puertas y ventanas habían sido clausuradas con tablas.

Rebecca y Bernd tenían un plan distinto.

(...)

Las ventanas estaban tapiadas con tablas. Bernd y Rebecca se habían planteado arrancarlas para entrar y hacer lo propio con las de la parte delantera para salir por allí, pero habían concluido que armarían demasiado jaleo, tardarían una eternidad y encontrarían muchas complicaciones. Al final decidieron que sería más fácil intentarlo por arriba.

El caballete del tejado en el que se encontraban llegaba a la misma altura que los canalones del alto edificio contiguo, de modo que podrían pasar sin dificultad de uno al otro. A partir de entonces, los guardias armados con subfusiles que vigilaban la calle podrían verlos en cualquier momento.

Había llegado la hora de la verdad.

Bernd se encaramó al caballete, en el que se sentó a horcajadas, y a continuación pasó al tejado del edificio de apartamentos, desde donde siguió ascendiendo. Rebecca fue tras él. Jadeaba. Tenía las rodillas magulladas y le dolían los hombros de cuando Bernd se había subido a ellos.

Se había sentado en el tejado de menor altura cuando echó un vistazo a la calle. Los policías se encontraban alarmantemente cerca.

En esos momentos se encendían un cigarrillo, pero si a uno de ellos le daba por mirar hacia arriba, Bernd y ella estarían perdidos. Ambos ofrecían un blanco fácil para sus subfusiles.

Sin embargo, también se encontraban a pocos pasos de la libertad.

Había empezado a incorporarse para pasar al otro tejado cuando notó que algo cedía bajo uno de sus pies. La suela de la zapatilla resbaló y, al perder el apoyo, Rebecca se golpeó la ingle con dureza. Ahogó un grito y por un instante aterradora se inclinó peligrosamente hacia un lado, pero consiguió recuperar el equilibrio.

Por desgracia, la causa del resbalón, una teja suelta, acabó de desprenderse del tejado, rebotó en el canalón y cayó a la calle, donde se hizo trizas con gran estruendo.

Los policías lo oyeron y contemplaron los fragmentos esparcidos sobre la acera. Rebecca se quedó helada.

Los guardias miraron a su alrededor. En cualquier momento llegarían a la conclusión de que la teja había caído de arriba y alzarían la vista. Sin embargo, antes de que eso ocurriera, a uno de ellos lo alcanzó una piedra. Un segundo después, Rebecca oyó gritar a su hermano.

—¡Los polis sois unos hijos de puta!

Walli cogió otra piedra y se la lanzó a los policías. Esta vez no acertó a darles. Acosar a la policía de la Alemania Oriental era un suicidio, y él lo sabía; lo más probable era que lo detuvieran, le dieran una paliza y lo encarcelaran. Pero tenía que hacerlo. Bernd y Rebecca habían quedado completamente expuestos, y los guardias, que nunca se lo pensaban dos veces a la hora de disparar a los fugitivos, los verían en cualquier momento. Estaban a poca distancia, a unos quince metros, y ambos acabarían acribillados a balazos en cuestión de segundos.

Salvo que alguien distrajera a los policías.

No eran mucho mayores que Walli. Él tenía dieciséis años y ellos no aparentaban más de veinte. Miraban a su alrededor, desconcertados, con el cigarrillo recién encendido entre los labios, incapaces de comprender por qué una teja se había hecho añicos y les habían lanzado dos piedras.

—¡Cerdos! —gritó Walli—. ¡Cabrones! ¡Hijos de puta!

Por fin lo vieron. Estaba a unos cientos de metros de ellos, visible a pesar de la niebla.

En cuanto lo divisaron, echaron a andar en dirección a él. Walli retrocedió.

Ellos empezaron a correr. Walli dio media vuelta y salió disparado. Miró atrás al llegar a la puerta del cementerio y vio que uno de los hombres se había detenido. Sin duda acababa de caer en que los dos no podían abandonar su puesto junto al Muro para ir detrás de alguien que solo les había lanzado piedras. Todavía no se habían parado a pensar por qué haría algo tan absurdo.

El segundo policía se arrodilló y apuntó con su arma. Walli se coló en el cementerio. Bernd pasó la cuerda de tender por detrás de una chimenea de ladrillo, la tensó e hizo un nudo. Rebecca estaba tumbada en el caballete del tejado, mirando abajo sin resuello. Vio que un policía perseguía a Walli por la calle, y que Walli cruzaba el cementerio a la carrera. El segundo policía volvió a su puesto de vigilancia, pero por suerte continuó mirando atrás, observando a su compañero. Rebecca no sabía si sentir alivio o terror ante el hecho de que su hermano estuviera arriesgando la vida para desviar la atención de la policía durante los segundos siguientes, cruciales para ellos.

Volvió la vista hacia el otro lado, hacia el mundo libre. En Bernauer Strasse, al otro lado de la calle, una pareja los observaba y hablaba con excitación.

Bernd sujetó la cuerda con fuerza, se sentó y se dejó resbalar sobre el trasero por la vertiente occidental del tejado, en dirección al borde. A continuación se pasó la cuerda por debajo de los brazos, se la enrolló alrededor del pecho un par de veces y aún le sobraron unos quince metros. Así podría inclinarse sobre el borde, sujeto por la cuerda, que estaba atada a la chimenea.

Volvió junto a Rebecca y se sentó en el caballete a horcajadas.

—Ponte recta —dijo.

Le pasó el cabo suelto por debajo de los brazos e hizo un nudo. Luego sujetó fuerte la cuerda con sus manos enguantadas. Rebecca echó un último vistazo al Berlín oriental y vio a Walli escalando con agilidad la valla del final del cementerio. Su figura cruzó una calzada y se perdió por una calle lateral. El policía tiró la toalla y dio media vuelta, momento en que le dio por levantar la vista hacia el tejado del edificio de apartamentos, y se quedó boquiabierto.

Rebecca no tenía ninguna duda de lo que había visto. Bernd y ella estaban encaramados en lo alto del tejado, recortados contra el cielo con toda nitidez.

El policía gritó y los señaló, luego echó a correr.

Rebecca bajó del caballete y fue dejándose resbalar poco a poco por la vertiente del tejado hasta que sus zapatillas de deporte tocaron el canalón delantero.

Oyó una ráfaga de ametralladora.

Bernd llegó junto a ella y se preparó para sujetar con fuerza la cuerda atada a la chimenea. Rebecca sintió que él soportaba su peso. «Allá vamos», pensó. Rodó por encima del canalón y quedó suspendida en el aire. La cuerda se le tensó dolorosamente alrededor del tronco, por encima del pecho. Quedó colgando inmóvil un instante, hasta que Bernd comenzó a soltar cuerda poco a poco y ella empezó a descender con pequeñas sacudidas.

Lo habían ensayado en casa de sus padres. Bernd la había ayudado a bajar desde la ventana más alta hasta el jardín trasero. Le dejaba las manos destrozadas, decía él, pero con unos buenos guantes podía hacerlo. En cualquier caso, Rebecca tenía instrucciones de detenerse brevemente siempre que pudiera descansar su peso en una ventana para darle a él un respiro.

Rebecca oyó gritos de ánimo e imaginó que a esas alturas ya se había congregado una pequeña multitud en Bernauer Strasse, en el lado occidental del Muro.

Debajo de ella vio la acera y el alambre de espino que recorría toda la fachada del edificio. ¿Ya estaba en el Berlín occidental? La policía fronteriza podía disparar a quien quisiera en el lado oriental, pero tenían órdenes estrictas de no hacerlo hacia el occidental, ya que los soviéticos querían evitar cualquier incidente diplomático. Sin embargo, se hallaba suspendida justo encima del alambre de espino, ni en un país ni en el otro.

Volvió a oír otra ráfaga de ametralladora. ¿Dónde estaban los policías y a quién disparaban? Supuso que intentarían subir al tejado para abatir a Bernd antes de que fuera demasiado tarde. Si seguían la complicada ruta de sus presas, no lo lograrían a tiempo.

Aunque siempre podían atajar entrando en el edificio y subiendo la escalera a la carrera. Ya casi estaba. Sus pies tocaron el alambre de espino. Se apartó del edificio de un empujón, pero sus piernas no acabaron de librarse del alambre y sintió que las púas le desgarraban los pantalones y la piel, produciéndole un intenso dolor. De pronto se vio rodeada de personas que intentaban ayudarla: la sujetaron, la desengancharon del alambre de espino, le desataron la cuerda que llevaba alrededor del pecho y la dejaron en el suelo.

En cuanto consiguió sostenerse derecha, miró hacia arriba. Bernd permanecía en el borde del tejado, soltando la cuerda que llevaba envuelta alrededor del pecho. Rebecca retrocedió unos pasos para poder verlo mejor. Los policías todavía no habían llegado al tejado.

Bernd asíó la cuerda con firmeza entre sus manos y se puso de espaldas a la calle para bajar del tejado. Empezó a descender por la pared haciendo rappel, soltando cuerda poco a poco, algo extremadamente difícil ya que todo su peso descansaba en la fuerza con que sujetaba la cuerda. Lo había practicado en casa, descendiendo la pared trasera de la vivienda familiar, de noche, para que nadie pudiera verlo.

Sin embargo, aquel edificio era más alto.

La gente que se había reunido en la calle lo ovacionaba. En ese momento, un policía apareció en el tejado. Bernd aceleró el ritmo, arriesgándose a que la cuerda se le escurriera entre las manos al aumentar la velocidad.

—¡Traed una manta! —gritó alguien.

Rebecca sabía que no había tiempo.

El policía apuntó a Bernd con el subfusil, pero vaciló. No podía disparar hacia la Alemania Occidental, ya que podría alcanzarle a alguien que no fuera un fugitivo. Aquel era el tipo de incidente capaz de iniciar una guerra.

El hombre se volvió y miró la cuerda atada alrededor de la chimenea. Podría desatarla, pero para cuando lo consiguiera Bernd ya habría llegado al suelo.

¿Llevaría una navaja? Por lo visto, no.

En ese momento el policía tuvo una inspiración. Apuntó el cañón del arma contra la tensa cuerda y disparó una sola vez.

Rebecca chilló.

La cuerda se partió y salió volando hacia Bernauer Strasse. Bernd se precipitó al vacío.

La gente se apartó.

El fugitivo se estrelló contra la acera con un golpe sordo, espeluznante.

Y no se movió.

(Bernd se quedará para siempre en una silla de ruedas a consecuencia de la caída)

(...)

(Más tarde, Walli también intentará escapar)

Soltó el embrague y avanzó. Alcanzó los cincuenta kilómetros por hora y luego aminoró un poco la velocidad. El guardia que estaba apostado junto a la barrera lo observaba, pero al ver que pisaba el freno miró hacia otro lado. Entonces Walli apretó a fondo el acelerador.

El guardia reparó en el cambio de sonido del motor y se volvió para mirar de nuevo con gesto de desconcierto. Mientras la camioneta adquiría velocidad, el guardia agitó los brazos ante Walli para que redujera, pero él no hizo caso y pisó el pedal más aún. La Framo avanzaba con pesadez, como un elefante. Walli observó el cambio de expresión del guardia a cámara lenta: de la extrañeza a la reprobación, y luego a la alarma. Al hombre lo invadió el pánico. Aunque no se encontraba en la trayectoria de la camioneta, retrocedió dos pasos y pegó todo el cuerpo a la pared. Walli soltó un alarido que era mitad grito de guerra, mitad de profundo terror.

La camioneta se estrelló contra la barrera con un ruido de choque metálico. La colisión lanzó a Walli contra el volante, y se dio un doloroso golpe en las costillas. Eso no lo había previsto. De pronto sintió que le costaba respirar. Sin embargo, la madera se había quebrado con un estallido similar al de un disparo y la camioneta avanzaba tan solo un poco más lenta a causa del impacto.

Walli redujo a primera y aceleró. Los dos vehículos anteriores se habían hecho a un lado para pasar la inspección y habían dejado vía hasta la salida. Los tres guardias y los dos conductores que había allí se volvieron para ver de dónde procedía el ruido. La Framo seguía acelerando.

A Walli lo invadió una oleada de confianza. ¡Iba a conseguirlo!

Entonces un guardia con más aplomo del habitual se arrodilló y lo apuntó con el subfusil.

Estaba situado a un lado del camino hacia la salida, y Walli reparó al instante en que pasaría junto a él sin apenas distancia de por medio.

Seguro que le dispararía a quemarropa y lo mataría.

Sin pensarlo, dio un volantazo y fue directo hacia el guardia.

El hombre disparó una ráfaga y el parabrisas se hizo añicos, pero, para su propia sorpresa, Walli no resultó herido. Casi estaba encima del guardia cuando de repente lo asaltó el horror de atropellar a un ser humano con un vehículo, así que volvió a girar el volante para esquivarlo. Aun así, ya era demasiado tarde y la cabina de la camioneta golpeó al hombre y lo derribó.

—¡No! —gritó Walli.

El vehículo dio una sacudida cuando la rueda delantera del lado del conductor arrolló al hombre.

—¡Dios mío! —exclamó el chico con un gemido.

No se había propuesto hacer daño a nadie.

La camioneta aminoró la marcha mientras Walli cedía a la desesperación. Le entraron ganas de apearse de un salto para comprobar si el guardia estaba vivo y, de ser así, ayudarle. El subfusil volvió a abrir fuego, y entonces Walli se dio cuenta de que si podían, lo matarían.

Tras él, oía las balas rebotar contra la chapa de la camioneta.

Volvió a pisar a fondo el pedal y dio otro golpe de volante, tratando de recuperar la trayectoria inicial. Había perdido velocidad, pero aun así consiguió dirigirse hacia la barrera de salida. Aunque no sabía si iba lo bastante deprisa para atravesarla, resistió el impulso de cambiar de marcha y dejó que el motor chirriara en primera.

De pronto notó una punzada, como si alguien le hubiera clavado un cuchillo en la pierna, y soltó un grito provocado por la impresión y el dolor. Levantó el pie del pedal y la camioneta perdió velocidad al instante, así que tuvo que hacer un esfuerzo para volver a pisarlo a pesar de lo mucho que le dolía la herida. Chilló de nuevo. Notaba que la sangre fresca le resbalaba por la pantorrilla y se le metía en el zapato.

La camioneta topó contra la segunda barrera. Otra vez Walli se vio lanzado hacia delante, chocó contra el volante y se golpeó las costillas; de nuevo la tabla de madera se partió y cayó, y de nuevo la camioneta prosiguió su marcha.

Cruzó un breve tramo de cemento, y los disparos cesaron. Walli vio una calle donde había tiendas, anuncios de Lucky Strike y Coca-Cola, flamantes coches nuevos y, lo mejor de todo, un pequeño grupo de atónitos soldados vestidos con el uniforme estadounidense.

Levantó el pie del acelerador y trató de frenar. De repente, el dolor era descomunal. Notaba la pierna paralizada y era incapaz de apretar el pedal del freno. Desesperado, estrelló la camioneta contra una farola.

Los soldados acudieron corriendo, y uno de ellos abrió la puerta.

—¡Buen trabajo, chico, lo has conseguido! —exclamó.

«Lo he conseguido —pensó Walli—. Estoy vivo y soy libre. Pero sin Karolin.»

—Menuda carrera —dijo el soldado con admiración. No era mucho mayor que Walli.

Cuando se relajó, el dolor empezó a resultarle insoportable.

—Me duele la pierna —consiguió balbucir.

El soldado bajó la mirada.

—¡Caray, cuánta sangre! —Se volvió y se dirigió a alguien situado tras él—: ¡Eh!

¡Avisa a una ambulancia!

Walli perdió el conocimiento.

A Walli le suturaron la herida causada por la bala, y al día siguiente salió del hospital con una contusión en las costillas y la pantorrilla izquierda vendada.

Según los periódicos, el guardia atropellado en la frontera había muerto.

Walli se acercó cojeando a la fábrica de televisores Franck y le relató lo sucedido al contable danés, Enok Andersen, quien se comprometió a comunicarles a Werner y Carla que el chico estaba bien. Enok le entregó unos cuantos marcos alemanes, y Walli consiguió una habitación en la Asociación Cristiana de Jóvenes.

Durmió fatal, porque cada vez que se daba media vuelta en la cama le dolían las costillas.

Un día después recuperó la guitarra de la camioneta. El instrumento había resistido el paso de la frontera sin sufrir daños, a diferencia del propio Walli. El vehículo, en cambio, había quedado hecho chatarra.

Walli solicitó un pasaporte de la Alemania Occidental, que a los fugitivos se les concedía de forma automática.

Era libre. Había escapado al puritanismo asfixiante del régimen comunista de Walter Ulbricht. Ya podía tocar y cantar lo que le diera la gana.

(Discurso de Kennedy en Berlín)

Ese día Kennedy había estado en el Berlín occidental y había pronunciado un discurso desde la escalera del ayuntamiento de Schöneberg. Delante del edificio había una plaza enorme, repleta de personas.

Según el presentador de las noticias, se había reunido una multitud de cuatrocientas cincuenta mil personas. El joven y apuesto presidente habló al aire libre con una gigantesca bandera de barras y estrellas detrás mientras la brisa le alborotaba el pelo espeso. Empezó su discurso con tono combativo.

«Hay quienes dicen que el comunismo es el movimiento del futuro. ¡Decidles que vengan a Berlín! —El público manifestó su acuerdo con un rugido, y los vítores se hicieron aún más potentes cuando repitió la frase en alemán—: *Lass' sie nach Berlin kommen!*»

Walli vio que Rebecca y Bernd estaban entusiasmados con aquello.

—No está hablando de normalización ni de aceptar el statu quo con resignación y realismo —dijo Rebecca con tono de aprobación.

Kennedy se mostró desafiante.

«La libertad tiene muchas dificultades y la democracia no es perfecta», proclamó.

—Se está refiriendo a los negros —comentó Bernd.

A continuación, Kennedy habló con desdén:

«¡Pero nunca hemos tenido que levantar un muro para encerrar dentro a nuestro pueblo!»

—¡Muy bien dicho! —gritó Walli.

El sol de junio brillaba sobre la cabeza del presidente.

«Todos los hombres libres, dondequiera que vivan, son ciudadanos de Berlín —dijo—. Y por lo tanto, como hombre libre, me enorgullez-co de decir estas palabras: *Ich bin ein Berliner!*»